



PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 2005
M^a DEL ROSARIO
MUÑOZ LÓPEZ

**PRESENTACIÓN DE LA PREGONERA DE LA SEMANA SANTA
DE GUADALCANAL DEL AÑO DEL SEÑOR DE 2005
ROSARIO MUÑOZ LÓPEZ
DOMINGO 6 DE MARZO DE 2005
REALIZADA POR JUAN MANUEL ESPINO GORDÓN**

Ante Ti, Dios Padre, Dios del Amor, Señor de los Espacios Infinitos y del mundo entero que nos congrega a tus plantas, Señor de este Pueblo de Guadalcanal, te pido: Por el mundo, al que le diste el sol de la mañana, que cada día se asoma a mí ventana, y es que no quiero verlo moribundo.

Reverendo padre Don Eduardo Torres Márquez, cura-párroco de Guadalcanal, y director espiritual de todas nuestras Hermandades y Cofradías.

Dignísima Representación de todas las Hermandades y Cofradías de nuestro Pueblo, este bendito valle al que Dios quiso llamar Guadalcanal, y en el que nuestras Cofradías forman parte casi íntegra de la vida de sus afortunados habitantes, orgullo para el que viene y para el que se va.

Hermanos Mayores, Juntas de Gobierno, Juan Tomás, Costaleros, Capataces, Músicos, Vestidores, Floristas, Cereros, Acólitos, Cofrades, Amigos, Paisanos, Guadalcanalenses:

Guadalcanal, trozo de cielo bajado por ángeles celestes hasta la orbe de la Tierra, lugar sagrado bendecido por Dios y envidiado por los hombres, situado entre la Sierra del Viento, desde donde una Cruz de Hierro señala el camino hacía la Ermita de su Reina y Patrona, la Reina de Guadalcanal y orgullo de todos nosotros, la más guapa de todas, Pastora Morena, y la Sierra del Agua, donde el viento mece sus olivos al compás de Cornetas y Tambores. Guadalcanal se prepara una Cuaresma más para vivir los días de máximo gozo para los Guadalcanalenses, días de Pasión y Muerte, bañadas de arte y de fe por las calles de nuestro pueblo.

De nuevo ante la egregia presencia de los paisanos de este trozo de cielo que esta en la Tierra, situado en plena Sierra Morena y orgullo de Andalucía, tengo el honor de subirme a este atril una primavera más. Este año no para pregonar la grandeza de nuestra Semana de Amores, la Semana Santa, sino para presentar a la persona encargada de hacerlo este año Santo del Señor de 2005.

El pasado año 2004 quedará marcado con letras de oro en la Historia de la Noble Villa de Guadalcanal, y de todas sus Hermandades. No es para menos, conmemoramos con una gran serie de actos el QUINIENTOS ANIVERSARIO (cinco siglos) de la Fundación de la Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, María Santísima de la Amargura y San Juan Evangelista. De entre todos los que con

esmero, la Junta de Gobierno, a la que tengo el honor de pertenecer, preparó para celebrar esta inolvidable efemérides, sin duda alguna lo más grande fue lo vivido en la tarde noche del 14 de Agosto. Cuando al atardecer la Reina de la Madrugá salió a iluminar las calles de Guadalcanal con su brillante resplandor, todo Guadalcanal vibró con su presencia.

Porque el 14 de Agosto de 2004 se vivió una particular Semana Santa, una particular Estación de Penitencia al lado de la Señora de la Madrugá, que como cada amanecer del Viernes Santo, en la apretura del gentío, caminó gloriosa y majestuosamente por las calles de nuestro pueblo, se vivió otra Madrugá, otra mañana del Viernes Santo, porque entre nosotros y para gloria de los presentes, estuvo el Inmaculado Corazón de la Señora, el Amor de Dios Padre, de quien se enamoró para convertirla en la Mujer mas envidiada del mundo, La que tuvo en su vientre durante nueve meses al ara del Sacrificio, a Nuestro Padre Jesús Nazareno, que la noche antes de su Gloriosa Asunción al Cielo salió a recorrer las calles de las que es Mediadora Universal y Reina de Todo lo Creado, hubo otra Madrugada más porque entre nosotros estuvo MARÍA SANTÍSIMA DE LA AMARGURA.

Pero si Solemne fue la Salida Extraordinaria en Procesión de la Señora, no menos lo fue cuando en el mes de Febrero asistimos al Vía Crucis de Nuestro Padre Jesús Nazareno, hasta la Iglesia del Convento, donde también se vivió otra Madrugada Santa, ésta mucho mas intima que la que estamos acostumbrados a vivir, y al posterior Traslado en Solemne Procesión del Señor a la Iglesia Parroquial; Solemnísimo el Acto de Hermanamiento con la Hermandad de Nuestra Señora de Guaditoca, en el que quedaron unidos para siempre los referentes Sagrados de mayor devoción en nuestro pueblo, y solemnísimo y maravilloso fue el Pregón del Quinto Centenario Fundacional con el que nos deleitó el maestro Don Juan Pablo Uceda Criado en la Iglesia Parroquial. Todos los actos fueron dignos de admiración de todo el pueblo de Guadalcanal.

En la mayoría de ellos contamos con la presencia de otra institución que ese año glorioso de 2004 cumplía sus primeras bodas de plata: la Banda de Música "Nuestra Señora de Guaditoca" que magistralmente, actuó en el Pregón del Quinto Centenario y mucho mejor lo hizo el 14 de Agosto tras la Señora. En ese mismo año tuvieron el honor de sacar a la calle su primer disco " Aquella Virgen ", un orgullo para todo el pueblo de Guadalcanal.

También en el año 2004 otra Hermandad que cumplía años: La Hermandad de la Borriquita celebraba el 25 Aniversario de su fundación allá por el año 1979.

Se cumplió el 25 aniversario de la Primera Cuadrilla de Costaleros de Guadalcanal, aquéllos que en la Madrugada de 1979 tuvieron el honor de ser los primeros en llevar al Señor de Guadalcanal sobre su cuerpo bajo las trabajaderas.

Sin duda el 2004 será un año recordado para siempre en la mente de todos los cofrades de Guadalcanal, y de todos los Guadalcanalenses en general.

Si importante fue el año 2004, el 2005 no lo es menos: recordad:

- Este año se cumple el 25 aniversario de la Hermandad más joven de Guadalcanal, la de la Virgen niña, la Hermandad del Costalero. Sus cofrades han conseguido tras 25 años de duro y arduo trabajo abrirse un hueco en la Semana Santa de nuestro Pueblo, llegando a considerarse por muchos, una de las mejores Hermandades de Guadalcanal, sin la cual muchos de nosotros no entenderíamos nuestra Semana Santa. Paz y Humildad que cada Miércoles Santo se derrama por Guadalcanal desde hace 25 años.
- Y se cumple el 25 aniversario de su hermandad, y de ellos mismos: se cumplen 25 años de la Cuadrilla de Costaleros de mi Reina de la Amargura y de la Señora de la noche del Viernes Santo, la Virgen de la Soledad.
- El 25 aniversario del nacimiento del Coro Romero Nuestra Señora de Guaditoca.

Y esperamos con ansia que por fin nos llegue la noticia del Palacio Arzobispal: la noticia de que la REINA DE GUADALCANAL, la REINA DE GUADITOCA, Patrona y Señora de Nuestro Pueblo, será CORONADA CANÓNICAMENTE, ¡cuánto deseamos la gran noticia!

Los albores de la Primavera, que este año entra el mismo Domingo de Ramos, nos traen a los sentidos recuerdos de antaño, y otros muchos que se nos vienen a la memoria de cuando éramos niños. Cuando las tardes comienzan a ser más grandes, cuando el sol tarda en acostarse y no tarda tanto en despertar al amanecer, en el alma del guadalcanalense se empieza a encender el cirio de su fe. Los últimos quinaros en el Altar Mayor, donde se venera el Corazón de lo Sagrado, nos hacen presagiar que ya está próxima esa semana por la que Guadalcanal vive todo un año, y el pensamiento nos llama a la gloria de una semana que cuenta el tiempo al revés.

Porque se acerca el tiempo en el que Dios mismo vendrá hasta ti para hacerse carne de tu carne. Sacramento en tu naturaleza viva, y lo verás llegar entre olivos y palmas montando una Borriquita, para anunciarte, Guadalcanal, la llena de gracia, que a la sombra de una estrecha callejuela, en los cipreses del convento más pequeño, en el rayo de luna de tu plaza, en el hilo de la voz de tus saetas, en el corazón de todas tus hermandades, gracias al amor de Dios y por la Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo, el pueblo volverá a ser excepcional testigo del Evangelio vivo que el guadalcanalense llevará, una primavera más, sobre sus hombros, proclamando así a la tierra entera la Buena Noticia de nuestra propia salvación.

Y Guadalcanal entero se prepara para vivirlo de nuevo, con la ilusión que nos inunda al saber que apenas dos semanas, será Domingo de Ramos, la misma ilusión

reflejada hoy en la mirada pregonera de nuestra Semana Santa. La Primavera está aquí y con ella la llamada Divina que nos hace comprender que la vida toda es milagro. El recuerdo de la claridad y del azul del cielo en una mañana deslumbrante de nuestra primavera puede durar años. Luz espléndida en las calles, luz magnífica que nos hace pensar que nuestras calles están hechas para que el sol las inunde y para que anden por ella los pasos y los nazarenos.

Cada atardecer es prodigioso, cuando los naranjos en flor nos perfuman la Plaza donde juegan los chiquillos, que la llenan de alegría con sus voces inocentes. La vida suena en las calles y resplandece en los jardines del Palacio, imperio del jazmín, la rosa y el azahar.

La Semana vendrá marcada por imágenes que vivieron otros años, imágenes que buscarán en la misma esquina de siempre, por la que el paso de los años no se hace notar, y en la que volverá a repetirse la misma escena de todos los años, en la que se volverá a escuchar la misma marcha tras la Señora, en la que el palio parece que no cabe, en la que el Señor te mira directamente a ti, y por la que llevas esperando todo un año, para apostarte en el mismo lugar de siempre.

Y para todos será una nueva Semana Santa en la que buscaremos un momento mágico más, un rincón por donde siempre pasa la Cofradía y que nunca antes la habíamos visto allí, un momento sublime, un lugar en la oscuridad donde la luz fulgurante de la Presencia de Dios nos haga sentirnos verdaderos Cristianos en esta nueva era, este nuevo milenio que camina de penitente tras los pasos del SEÑOR.

Y para anunciarla ha llegado el día. Casi sin darnos cuenta el tiempo nos ha puesto en el último suspiro de la ansiada cuaresma. A las puertas de una nueva primavera, los cofrades sentimos que llega la hora, que hay que ponerse en marcha porque se avecina la Semana de Pasión. Como cada año, mágico prelude de nuestra Semana Mayor, nos hemos vuelto a dar cita esta mañana invernal este año para encender la primera vela de la candelería de la Semana Santa de 2005. Ha llegado el prólogo esperado, el Pregón de Semana Santa, fe, amor y arte guadalcanalense como Francisco Ortiz dijera en este mismo lugar el pasado año.

Este año 2005, año santo para Guadalcanal y sus Hermandades, ha querido que la dicha acerque hasta este atril a una mujer, una joven cargada de ilusiones nuevas, que desgranará su Pregón de Semana Santa con el mismo ímpetu y amor con el que lo ha escrito día tras día, noche tras noche. El Señor ha querido que en Guadalcanal este año haya pregonera, y además, que sea joven y cofrade, capillita de toda su vida, una vida vinculada desde que nació al mundo de las Hermandades y Cofradías de nuestro Pueblo. ROSARIO MUÑOZ LÓPEZ.

Rosario es de aquí, de la casa, como se suele decir en nuestro Pueblo.

Nació en Sevilla el 8 de Enero del año 1984, cuenta por tanto con 21 años. Cursó sus estudios en el Convento de las Hermanas de la Doctrina Cristiana y en el Colegio Nuestra Señora de Guaditoca.

Desde pequeña pertenece a las Hermandades de la Soledad y de Nuestro Padre Jesús Nazareno y mi Virgen de la Amargura. Profesa gran devoción al Señor y es hermana de la Real e Ilustre Hermandad de Nuestra Señora de Guaditoca, Patrona de Guadalcanal, a la que la une un filial amor y una gran fe. Es hermana también de las Hermandades del Costalero y de la Veracruz.

Forma parte de la Junta de Gobierno de la Hermandad de la Borriquita y es cofrade y capillita desde que nació, ya que su familia siempre ha estado vinculada al mundo de nuestras hermandades y cofradías, muy especialmente a la Hermandad de la Soledad, de cuya Junta de Gobierno son miembros su madre, Rosario, gran cofrade de nuestro pueblo, y su hermana, Soledad, que lleva el nombre de la Señora de la Noche del Viernes Santo, un honor para cualquier mujer. Su padre, Ignacio ha pertenecido durante muchísimos años a la Junta de la Hermandad de la Soledad.

Rosario, aquí tienes a tu hija, con su pregón en las manos y con su estampa de la Soledad en el bolsillo, disfruta de su Pregón que ella se apoya en ti en esta mañana de primavera. Rosario háblale a tu madre, dedícale tu pregón, ella sabe mejor que nadie el esfuerzo grandísimo que has necesitado para escribirlo y para subirte hoy a este atril.

A tu hermana, Sole, dedícale unos versos a ella, que lleva el nombre de la Virgen, con cuánto amor y devoción le reza en su capilla de la Parroquia.

Y a tu padre, el que con tanto amor te mira siempre, con mucho más lo hace esta mañana de primavera, y emocionado se sienta en la butaca para escucharte los versos mas bellos que le has compuesto a su Virgen de la Soledad.

A tu abuelo, aunque no está presente seguro que no puede dejar de pensar en ti, a tus tíos y demás familia, todos esperan tu pregón. Y cuando mires al cielo, dedícale algo a aquella vecina tuya que se fue con el Señor, con Nuestro Padre Jesús Nazareno, del que era gran devota y cuyo hábito vestía siempre. A Purita, se que te unía un gran amor hacia ella. Y a tus abuelas y a tu otro abuelo, seguro que con Purita se han reunido en el cielo y están esperando que hables del Señor y de su Bendita Madre de Guaditoca.

Háblale a todos los cofrades que ya no están entre nosotros, a los pregoneros, capataces, costaleros, vestidos, nazarenos de la Gloria, ellos también vivirán en el Cielo su particular Semana Santa.

Desde hoy tu pregón siempre estará cerca del Señor de Guadalcanal y de su Bendita Madre de la Soledad, devociones que arrullan en tu vida con la fuerza de un

torbellino de fe y de amor a estas Sagradas Imágenes, que han hecho en ti una verdadera cofrade entregada por y para la Semana Santa de nuestro Pueblo. Ojalá todos los jóvenes tomen tu ejemplo y se acerquen a este mundo, que se asemejen a ti, una vida entregada al amor de la Semana Mayor de Guadalcanal y de cualquier lugar del mundo.

Guadalcanal, que tanto sabe de arte, que tanto sabe de amor y devociones se ha vuelto a despertar esta mañana con ganas de Semana Santa, y ganas de Pregón. En el mismo lugar de siempre, los Guadalcanalenses esperamos ansiosos tu verso y tu prosa entremezclada para engrandecer a la Madre de Dios y de nuestro pueblo.

Todos esperamos el pregón. El atril está latiendo con la fuerza de la mañana esperando tus palabras y todo Guadalcanal sueña con trasladarse por unos instantes al reflejo de pasos en la noche, a la luz de la cera quemada y gastada, al aroma del incienso perfumado, desparramado por las laderas de la Sierra del Agua y del Viento cada nueva Primavera. Soñamos ya con la música que anuncia la llegada de Cristo y su Bendita Madre.

El cine te acoge como palio a la Señora para que desgranes tu poesía en el atril, tranquila que todo va a salir como tu desees, el amor a tu Virgen de la Soledad y a Nuestro Padre Jesús Nazareno te darán la fuerza necesaria para tu tarea, una tarea encomendada por Dios en tu persona y que hoy te hará sentir la mujer mas feliz de la Tierra.

Rosario, todos ansiamos este momento de escucharte lo que llevas preparando hace tiempo, mucho tiempo, para que hoy nos llene a todos. Seguro que lo conseguirás. Ahí tienes a toda tu familia expectante de emoción y alegría, háblanos de Semana Santa, tú sabes que a todos nos gusta mucho y que con poco que digas tendremos bastante. Que tu Pregón brille por siempre en la Historia de Guadalcanal. Es mi deseo y el de todos los que estamos aquí presentes.

Queridos Amigos, Paisanos de Guadalcanal, Cofrades de nuestro Pueblo:

Con todos nosotros una bella persona, una amiga, una cofrade, una buena mujer, la pregonera de la Semana Santa del Año 2005; ROSARIO MUÑOZ LÓPEZ.

Juan Manuel Espino Gordón
Pregonero de la Semana Santa
de Guadalcanal del año 2004.



Querido Padre Eduardo,
Hermandades,
Juntas de gobierno,
Autoridades,
Hermanos y amigos todos.
Buenas tardes y bien venidos.

Domingo de Pasión. Hoy vive Guadalcanal su particular Domingo de Pasión. ¿Y qué es Guadalcanal en Domingo de Pasión? ¿Qué es Guadalcanal en tiempo de cuaresma? ¿Qué es Guadalcanal durante el mes de mayo? ¿Qué es Guadalcanal durante todo el año? Pues es:

¡FE, DEVOCIÓN Y ARTE!

FE de un pueblo entero que reza y espera ansiosamente la llegada de estos días, **FE** del penitente que va detrás de un paso cargado con una cruz, **FE** de todo cofrade que vive por y para la Semana Santa.

DEVOCIÓN de un nazareno cuando se pone su túnica, **DEVOCIÓN** del saetero cuando lanza piropos al viento.

¡Y ARTE! ARTE del costalero cuando se ciñe la faja y se calza las zapatillas, ARTE del capataz cuando lo lleva al cielo, ARTE del orfebre que hace “cunas” doradas y de plata, ARTE del cerero, ARTE del florista y ARTE del camarero.

Pueblo escondido entre olivos, pueblo que tiene por costeros a la Sierra del Agua y a la Sierra del Viento, pueblo rodeado de arroyos y regajos por donde corre la ilusión y el sentimiento. Así es Guadalcanal, el pueblo que me ha visto crecer, el pueblo donde se criaron mis padres, mi familia y mi gente. ¡Y el coso! Donde yo jugaba y donde me crié y dónde hice las verdaderas amigas de la infancia ¡y la calle Feria! De donde hace veinte años salía por vez primera una nazarena “negra” que apenas sabía andar y hablar, una nazarena que desde aquel año, tan sólo con año y medio de edad y hasta la fecha no ha dejado de ponerse una túnica.

Ya desde bien pequeña veía en su casa el jaleo que se formaba a la llegada de estos días, con su madre en la junta de gobierno de la Hermandad del Santo Entierro y con el alquiler de las túnicas en su casa durante más de diez años venía viendo la Semana Santa desde fuera y desde dentro. Y hoy ese nazareno del que les hablo que apenas levantaba dos palmos del suelo se enorgullece de poder ofrecer unas palabras a Dios, a su madre, a ustedes y a los que seguramente están asomados a los palcos del cielo junto a la virgen de Guaditoca esperando que dé comienzo el pregón, junto a aquél que poco tiempo antes de marcharse me decía orgulloso, a la vez que me daba un beso, que hoy domingo seis de marzo vendría hasta aquí para ver a la que hacía veintiún años se dormía entre sus brazos en la pila bautismal. Por eso sé que habrá engalanado el mejor de los balcones para aunque sea desde ahí arriba cumplir con su promesa y no quedarse con las ganas de venir a verme. ¡Unas palabras que no salen de los labios, sino del corazón!, unas palabras que se escriben sin pluma, palabras perfumadas con incienso, palabras inocentes, sencillas y nobles como la gente del pueblo. Palabras naturales “pa que to´s” nos entendamos y así entender mejor nuestra Semana Santa.

Cuando hace tan sólo un par de días, yendo yo sola de noche por las calles de nuestro incomparable Guadalcanal, respirando este olor característico de lo que se nos aproxima y viendo cómo se asomaba entre las calles más altas del pueblo una vieja iglesia iluminada de dónde brotaban las marchas que nos endulzarán los próximos días, me di cuenta del berenjenal en el que estaba metida, incluso por un momento llegué a dudar de mi capacidad de poder estar hoy aquí subida, delante de un patio de butacas que anoche cuando preparábamos el escenario yo lo veía enorme. Y después de una noche de nervios pensando en estos momentos, viendo cada hora que marcaba el reloj y repasando uno a uno cada detalle, me decía a mí misma que parece que fue ayer cuando el Padre Eduardo me decía por teléfono que en el 2005 sería yo la que estuviese en este escenario.

Y Dios lo ha querido así y Guadalcanal también. Han querido que sea yo la que esté detrás de este atril. Y es por eso por lo que voy a pregonar lo que yo siento por dentro, lo que yo siento por ti, me dispongo a regalar un montón de sentimientos y te los ofrezco a ti, porque eres padre y maestro, porque me hiciste crecer en el pueblo del talento, de la FE y recogimiento ¡y soy guadalcanalense! Y muy orgullosa me siento, de tener lo que yo tengo, de mi familia y mi gente y de sentir lo que siento, ¡yo soy de Guadalcanal! que es dónde mejor me siento, porque no hay mayor orgullo que ser profeta en tu tierra, donde la brisa es perfume, donde mejor sopla el viento, porque aquí lo tengo todo ¡y estos son mis sentimientos!

Y antes de seguir y adentrarnos más en la que puede ser nuestra primera estación de penitencia, perdonad que haga un inciso y exprese la ilusión con la que me dispongo a pregonar lo que con tanto entusiasmo he venido preparando meses atrás, y vuelvo a decir que me enorgullezco de poder estar detrás de este atril por el que han pasado ya muchas personas para hacernos de dulce la mañana de este singular domingo de primavera, desde donde hoy en este día tan especial y emotivo para mí permítanme que dedique su conquista y el fruto de todas las horas que he pasado junto al papel y el lápiz a aquella que me trajo al mundo, la misma que lleva el nombre de la que abre el cortejo de nuestra Semana Santa y la cuál ha vivido a la par mía y con más ilusión si cabe todos estos preparativos. De ésa que he aprendido muchas de las cosas acerca de lo que se avecina por su vinculación en este terreno del que ella tanto disfruta; y a alguien más de mi familia para mí muy especial por haberme criado junto a él, que lleva hasta el mismo nombre del amigo inseparable del Señor, que se llama Juan y que es mi abuelo, al que con todo el cariño del mundo van dirigidas todas estas palabras y que aunque ya es muy mayor y no pueda estar hoy aquí, no me canso de pedir a Dios que me lo cuide y lo mantenga entre nosotros durante mucho tiempo.

Y es mi obligación pedir perdón si no puedo estar a la altura de los pregoneros/as anteriores, puede que las palabras que utilice no sean satisfactorias para muchos de ustedes, intentaré expresar las emociones de la manera más natural posible y con palabras sencillas. Podría si quisiera utilizar palabras más técnicas o más escogidas que yo misma tendría que buscar en un diccionario para saber su significado, ¡pero no!, yo quiero que mi pregón se entienda y llegue a donde yo quiero que llegue y no que las palabras con las que voy a honrar a Guadalcanal se olviden y se pierdan por las calles y esquinas. Yo quiero que todos seamos pregoneros este año porque Guadalcanal tiene un corazón enorme para almacenar palabras, porque ella misma fue discípula de la Semana Santa sevillana y hoy G.A.D. es ella misma la madre y maestra de todas las Semanas Santas de la comarca.

Guadalcanal cofradiera,
Se me hace larga espera
Año tras año aguardar

Que llegue la primavera
Y vivir en hermandad.

El sueño de oler a azahar,
El sueño de ponerse la túnica,
Llegando Semana Santa
Guadalcanal eres única.

Las calles de tu pueblo
Son un jardín perfumado,
Bordado tienes el cielo

De luceros y de estrellas,
Llegando Semana Santa
¡Guadalcanal la más bella!

¡Ay Guadalcanal!
Tienes jazmines de Paz,
Gladiolos con humildad
Un Rosario de alhelíes
Y lirios de “madrugá” .
Amapolas que han de ser
La sangre de tus espinas,
Esperanza soñadora
De verte por las esquinas.

Si eres camelia de día,
Violeta de “madrugá”
Si eres manto perfumado
Amargura tú serás
La más bella de las flores
Que tiene Guadalcanal.

Madre de la Soledad,
Eres la dama de noche,
Madre, pensamiento al caminar.
Eres nardo por el cielo
Y orquídea en las “levantás” .

¿Señora quién es usted?
Yo soy la reina del cielo,
Faro y guía de Guadalcanal,
Soy begonia y tulipán
Cuando voy por los senderos,
Margarita al caminar

Y hortensia de mi sombrero.

¡Jara, tomillo y romero!
Soy geranio en *Buena Vista*,
Albahaca en *El aceite*,
Soy incienso en *La Varita*
Y una rosa entre mi gente.

De belleza inigualable
De día soy sol
Y por la noche luna
¡Guaditoca como tú ninguna!

Así pues, demos ya esos tres golpes de llamador.
El primero por un acto de Fe.
El segundo como muestra de nuestra Devoción,
y el tercero como prueba de nuestro Arte:

¡¡A ÉSTA ES!!

Desde hoy hasta ver la primera cruz de guía sólo han de pasar varios días, días de preparar, días de sacar y airear las túnicas, de probarse capirotos, de montar pasos, días de ir por las calles e ir oliendo a los dulces típicos, de la gente más coqueta comprarse trajes nuevos para estrenarlos el Domingo de Ramos. ¡Siempre las mejores ropas para el Domingo de Ramos! Pero aunque faltan quince días, para bien decir ya lo tenemos encima.

Ya parece que estoy viendo la cruz de guía acompañada de dos palmas aparecer por las puertas de Santa María, y hasta me parece estar oyendo el repicoteo de campanas, el albedrío de la gente, el ir y venir de chiquillos... Y ya está el paso de misterio de la Hermandad de la Borriquita en la calle. Cuánta ilusión es la que ponen los costaleros, los niños que se visten de nazarenos por primera vez y llevan los bolsillos llenos de caramelos, la ilusión y el empeño de unos jóvenes para salir adelante, la misma que trae consigo la virgen del Rosario al ver cómo se arremolina la gente a las puertas de la iglesia.

Rosario, como el nombre de una madre, y cinco son los misterios que tiene su mismo nombre; el primero es un misterio para los más violentos, un misterio lleno de Paz y sosiego, el segundo se nos presenta en forma de Cruz, la misma cruz que lleva un penitente o la que nos toca por azares de la vida, un misterio lleno de pena y de Amargura de ver sufrir a los que más queremos, misterio para los Dolores de los enfermos y misterio de tristeza cuando nos quedamos solos, misteriosa Soledad la de una madre.

Viene triunfante Jesús

Por las calles de este pueblo
Camina sobre un borriquillo
Entre ramas de un olivo.
Su madre viene con él,
Rosario de la mañana,
Cómo una rosa temprana,
Virgen del Rosario y Palma.

Y Jerusalén ya lo espera entre vítores y aplausos, de la misma manera que cada año lo espera Guadalcanal. Amor lleva por nombre el hijo de los cielos, Amor es lo que va derramando por cada calle que pasa y es lo que le regala a los niños. Amor es lo que sueltan las cornetas de la banda que le sigue y lo que desprende Guadalcanal cada Domingo de Ramos.

Hoy no repican las campanas ni hay revuelo de chiquillos en la puerta de la iglesia como ocurre cada mañana de este peculiar Domingo. Ya han pasado veinticinco años desde que los niños de esta villa vieran por vez primera asomar por los hastiales de las puertas de Santa M^a al hijo de lo más divino a lomos de un borriquillo. Aquel día la nueva imagen paseó por el pueblo rodeada de chiquillos que a su vez empujaban unas parihuelas que iban sobre ruedas.

Pero aunque el tiempo pase, hay en Guadalcanal algo que no cambia, esas ganas de Semana Santa que venimos arrastrando desde que comienzan los primeros quinaros, esa jerga de chiquillos que esperan ver los primeros nazarenos, las primeras palmas...

Y se llama "del AMOR". No pudieron elegir un nombre mejor que ése, porque le sobra, porque acapara las miradas de los más inocentes, esos que no entienden de violencia, ni de odio, ni rencor, los que con una sonrisa hacen desaparecer todo el mal que rodea al mundo.

Él se rodea de los más pobres, los más sencillos, de los que nunca protestan, de los que mantienen la esperanza de la vida. Así es, fiel amigo, del que se dice que nunca falla, que con su mano alzada va bendiciendo a cada uno de nosotros y entregándonos todo lo que tiene: AMOR.

Un labrador de semillas que siembra en su corazón, y el fruto bueno que saca lo pone a secar al sol, para dárselo a los pobres, pobres de corazón, que la riqueza no vale si no derramas sudor al ayudar al que venga para pedirte un favor. Y la semilla que es vana la lleva al mejor arcón, para tratarla con mimo y ofrecérsela a Dios. Porque es quien escoge los granos y no entiende de recursos ni cuál sea la situación.

Con amor entró en Jerusalén y con amor recorrió a lomos de un pollino cada una de sus calles, acompañado en todo momento de una madre que a cada paso que daba iba rezando cada uno de los cinco misterios que lleva su nombre.

Rosario se llama la que pasea entre nosotros cada Domingo de Ramos. Y hoy me llena aún más si cabe de satisfacción, que sea ella la que esté hoy aquí haciendo acto de presencia y custodiando esta tribuna dados los estrechos lazos que me unen a esta Hermandad.

Que además de compartir con ella la fe en el sumo soberano, quisieron llamarme María y que en las aguas del bautismo me impregnaran con su mismo nombre, del cual me siento orgullosa de que mi madre quisiera que al ser yo nueva en la tierra me llamara como ella; una custodia los cielos y otra embajadora en la tierra, la que me inculcó la fe y quiso que yo siguiera los mismos pasos que ella, y la que me hizo saber que una semana al año la gloria no está en el cielo, sino que baja a la tierra y yo de gozo no quepo por ser igualita a ella y que las dos nos llamemos igual que se llama ella.

Va cayendo la noche del Miércoles Santo, se va acercando la hora, falta poco para las nueve y ya se ven algunos costaleros camino de la iglesia, llenos de ilusión y de emoción. Pero para emoción la de ese nazareno cuando se está poniendo su túnica, cuando se encasqueta el cucurucho, coge el cirio y se echa a la calle. ¡Qué nervios! Nervios que se intensifican cuando al llegar a la iglesia ve que ya está todo listo, está todo oscuro, solamente está la luz de la candelería de la del palio de plata, las insignias preparadas. Tras rezar un Padrenuestro y un Ave María, se levanta el paso del Cristo suavemente y lo acercan a la puerta ¡Qué momentos! ¡Y qué momentos los que quedan por venir! ¡Qué momento cuando al llegar a los cantillos de la Concepción, las viejas paredes que le dieron cobijo durante muchos años le rinden homenaje al pasar! ¡Y qué curioso! Si en Sevilla es La Campana dónde empieza la carrera oficial, aquí en nuestro Guadalcanal es la Concepción por dónde todas las hermandades pasan en sus estaciones de penitencia, desde ahí hasta la esquina de la calle Costalero, podríamos decir que es la carrera oficial de nuestra Semana Santa.

Y solamente con pensar que es Él (el veterano de nuestra Semana Santa) se me ponen los vellos de punta, el mismo del que tantas veces me ha hablado mi madre, el mismo que salía de su iglesia de la Concepción a las doce la noche cada Viernes Santo con la toca a las espaldas acompañado de la Virgen de los Dolores camino de Santa Ana. El mismo que podemos ver cada Viernes de Dolores escoltado por dos cirios y envuelto en incienso atravesando la iglesia en ese vía crucis, que no es un vía crucis cualquiera, sino que se dirige a su paso para hacer estación de penitencia, me refiero a Él, al cristo sentado en la peña, al que se rodea de fieles costaleros, al mismo que por su santa cruz redimió al mundo y a nosotros pecadores, AMEN.

Humilde y paciente, el Cristo de los costaleros camina sin caminar, no se puede tener más arte que el que tiene su cuadrilla de costaleros, y no se puede explicar con palabras lo que se siente al verlo arrancar a los sonos de cualquier marcha.

No se sabe lo que se siente al verlo subir la calle que lleva su nombre, con zancadas largas y “a paso tambor”, no se puede tener más arte... arte porque sin dejar de ser Cristo de la Hermandad de las Tres Horas, pasó a ser “*Costalero*”, Cristo de la Humildad y Paciencia sentado en la Peña, que si impresionaba en su antiguo paso, ahora impresiona aún más en el nuevo trono mientras nos estremece la oscuridad en la que se envuelve.

Y qué sigiloso pide la venia para poder pasar cada noche de Miércoles Santo por delante de la fachada de la que fue su casa durante tantos años el que fuera siempre unido a la Hermandad de las Tres Horas. Y es que el barrio de la Concepción guarda siempre el mejor de los recuerdos para los que ocuparon por muchos años una de las capillas de su iglesia, que aunque ya no se escuchan las campanas, ni las novenas, ni se vean las candelas en las puertas en la víspera de la Purísima, cuando van llegando estos días, en el barrio se arremolinan los olores de antaño, el calor que desprende un horno cuando cuece los dulces típicos, y justo al pasar por las puertas, al mirar y recordar los cultos y los quinaros, hasta parece que huele a incienso.

Cada Miércoles Santo Guadalcanal luce luna nueva, huele distinto que cualquier miércoles, se entremezclan los olores del incienso y del azahar, de los claveles y de la cera, los sonos de las marchas con los aplausos, el rachear de los costaleros con la voz del capataz. Se mezcla la serenidad con la que pasa con la algarabía del toque del llamador. Se mezcla todo porque Guadalcanal así lo quiere.

Y lo llaman “*Costalero*”, y yo de todas las palabras que puede haber en el lenguaje de un cofrade me quedo con esta misma: con *Costalero*. Porque si hay un papel importante en la Semana Santa es sin ninguna duda éste. Se puede salir a la calle sin flores, con más o menos cera o sin música, pero la figura del *Costalero* es insustituible. Hay que tener mucha fe para cargarse a los hombros al que bajó de los cielos, hay que ser humilde y paciente ante las condiciones de cada calle, pero sobre todo hay que ser guadalcanalense y tener todo el arte.

Y este año aflorarán más si cabe los recuerdos que quedaron atrapados entre el moho de esas paredes que mencionaba antes y posarán en sus pasos. Y se verán recompensados los veinticinco años de trabajo y de lucha, pero llenos de ilusión y devoción cuando den las nueve de la noche del Miércoles Santo.

Y tornará la alegría de aquel otoño de 1980, donde Guadalcanal acogía a comienzos del mes del rosario la que fuera su séptima Hermandad. Ya han pasado veinticinco años desde que naciera una mocita sevillana y emigrara hasta un pueblo serrano donde entre todas las damas le ataviaran con sus mejores galas y así Guadalcanal pudiera sentirse orgulloso.

Y quisieron que se unieran las fuerzas de las demás trabajaderas para darle un día más a nuestra semana grande. Y una le brindaba el manto y otra le dejó el pollero,

hubo quien quiso que fuera blanco lunar en el cielo. Y a él lo quisieron sentar en una piedra del suelo, porque unos le vieron humilde y otros paciente y sereno, pero fue Guadalcanal quien le llamó “*Costalero*”.

La luna vestirá de plata y deslumbrará su palio y muchos de los corazones bajarán del cielo sus costales y esperarán en la plaza que empiecen a sonar los sones que lanzan las marchas. Y en las farolas habrá luces del reino divino para alumbrarle a su paso las piedras de su camino, y más atrás se verá la claridad de un manto blanco y así podrá presumir Guadalcanal de su encanto.

E inmediatamente llega la Virgen de la Paz a la Concepción, pálida y con cara de susto, con la misma cara del susto que se llevó una chiquilla hace doce o trece años.

Estaba la niña viendo la procesión junto a sus padres como cada año allá en la Concepción. Fue justo cuando iba pasando la Virgen por delante de ella cuando uno de sus costaleros pisó malamente y el paso hizo un movimiento brusco y pareció que se iba a caer. ¡Cuál no sería el susto de esa niña que salió corriendo entre la gente y se perdió de la vista de sus padres. ¿Qué pasaría por la mente de la chiquilla en aquel momento? No lo sé, puede que al ver cómo cimbrecaba el paso pensase que la Virgen se iba a caer. ¡Qué inocente!

¡Cómo se iba a caer!
Si ella es la madre de Dios
Madre de los costaleros,
¡Cómo se iba a caer!
Bajo un palio de luceros
¡Cómo se iba a caer
Si es la paloma del cielo!

Hoy esa niña tiene veintiún años y cada vez que escucha la historia se ríe porque se acuerda del pánico que desde ese momento le tenía a la Virgen de la Paz. ¡Qué inocente! Era oír hablar de aquello y se echaba a temblar, era asomar a su capilla y ni siquiera mirarla porque le daba miedo. Pero la Virgen bendita quiso quitarle ese miedo y de la noche a la mañana desapareció de la niña. ¡Y ahí está!, que desde que tenía ocho u nueve años se pone su túnica blanca cada Miércoles Santo y procura ser un nazareno del tramo de la Virgen. Ahora pasa por su capilla, la mira, le reza y hasta le acaricia el manto.

No quería la señora
Asustar a la chiquilla
Quería verla contenta

Y asomar por su capilla.

Tú no me temas, mujer
Que soy la madre de Dios
Y madre tuya también.
Deja tu miedo volar
Con las palomas del cielo
Y ven conmigo a soñar
Bajo un palio de luceros.

No tengas miedo chiquilla,
Que voy surcando los cielos,
¡Qué soy la madre de Dios
Y madre del costalero!

Y qué forma de llevar el palio. Sólo hace falta mirarlo fijamente y escuchar cómo las bambalinas cantan al unísono, con qué arte se cimbreaba ese palio. Y cuánta razón llevaba uno de los últimos pregoneros al decir lo bonito que era ver a la Virgen de la Paz revirando la calle Antonio Porras con la marcha “Madrugá”, parece como si el Miércoles Santo se parase en ese momento y no quisiese pasar.

Ella es la farola que ilumina la noche del Miércoles Santo, es ramita de azahar de los naranjos de la plaza, ella es la niña de nuestra Semana Santa.

Y si te hicieras presente a veces en el hogar, donde desgraciadamente no existe felicidad y que corren ríos de sangre de reyerta familiar, donde mueren inocentes aclamando libertad, donde las cosas se arreglan con fusil y con puñal y las mejores amigas son botellas de cristal que hacen que se transforme la armonía en la tragedia y la risa en soledad, porque termina la vida de muchos que por temor no protestan ni reclaman y aguantan ese dolor que por prudencia no cuentan por esperar lo peor.

Dureza de corazones imposibles de ablandar, son los que nunca se dignan ni se paran a pensar que están truncando la vida de familias y familias, así que tú, madre mía, a ti que te llaman PAZ, pon tus manos sobre aquellos que conviven con el mal y serena a quien levante una mano “pa” pegar, que hay quienes pierden el juicio con dos copas “embuchás” y se enfrentan a quien más quieren, hijos, madres y mujeres, que viven sobresaltados siendo esclavos de sus manos, sin disfrutar de la vida ni saber ni quienes son. Y si salen a la calle no ven un rayo de sol porque su vida está unida a palizas y a dolor, controlando hechos y palabras, resignándose al horror.

¡A ti que te llaman PAZ, a ti que te llaman PAZ! Haz que todo se termine y dejemos de escuchar que cada día muere alguien por maltrato en el hogar y que se acabe por siempre la violencia familiar.

Haznos feliz con tu vuelo, y cubre de plumas blancas los lugares donde todo se tiñe del color más oscuro, en países y países que se enfrentan uno al otro declarándose la guerra, manchando todas sus calles con el pánico y el miedo, de ver correr la sangre pasando de pueblo en pueblo.

Pinta de claro la infancia de muchos niños, que la educación que tienen es aprender a luchar por defender lo poco que tienen y los explotan al trabajar, siendo las armas juguetes, intentándole ganar la batalla a quién más tiene.

Son siete los trocitos de cielo que tiene Guadalcanal, y si siete son las maravillas del mundo, otras tantas son las maravillas de Guadalcanal. Una se llama Rosario, Vera-Cruz, Amargura, Dolores, Soledad, Guaditoca y falta una.

¿Dónde la podré encontrar?
¿En los portales de Santa Ana?,
¿En los cantillos de la Concepción?,
¿En el estrechón de San Sebastián?,
¿Bajando la calle Camachos...?,
¿Cómo la podré llamar?

¿Margarita?
¿Flor de pascua?
¿Alegría?
¿Rosa de pitiminí?
¿Flor de cera?
¿Clavellina?

¿O PALOMA DE LA PAZ?

¡Sí, paloma porque va por el cielo!, paloma blanca aunque ella no entiende de colores, ni de razas, pero paloma de Guadalcanal. Yo quiero que surque los cielos lo mismo que surca el mar, que bajo el palio de plata bendiga a la humanidad, que reluzca por la noche como una estrella fugaz, que sea valiente ante el miedo que rodea a la realidad, ¡pero que sea siempre ella, que se llame siempre PAZ y que sea reina y señora de aquí de Guadalcanal!

Allá en lo más alto de la torre, se ven revolotear los pajarillos que esperan como nosotros la caída de la tarde y así ver como las primeras estrellas abren paso al cortejo que viene presidido por una *Cruz*. Una *Cruz* manchada por la sangre y redimida por el mismo que cada Jueves Santo hace que salgamos a la calle con ganas de Semana Santa, el mismo que antaño vestido con su túnica bordada (según me cuentan personas que tuvieron la suerte de poder verlo) se acercaba a la cárcel de nuestro pueblo para sentirse aún más preso. El que hace que la plaza se llene de gente para ver cómo sale de su casa para entrar en las casas de todos los guadalcanalenses y perderse por las calles en busca de consuelo y “*Esperanza*”.

Hay que ver cómo a paso de tambor sube la calle Granillos y fijarse en las paredes para ver cómo su sombra se mece entre los balcones que se abren a su paso y éstos a la vez abren camino a la libertad. Una libertad escondida en algún lugar del mundo por temor a nuestros pecados, esa libertad que va unida a la “*Esperanza*”, a ésa que nunca nos ha de faltar pero que a veces carecemos de ella. ¡De ELLA!, de MARÍA! De la que nos dio todo y de la que, sin embargo, muchas veces queremos prescindir. De ella, de la única y verdadera “*Esperanza*”, la que nos llega de las mismas puertas del cielo con el fin de tocar el fondo de nuestros corazones. Ésa que nos abre los ojos ante la más pura realidad para encontrarnos con las con las piedras que nosotros mismos hemos ido colocando en nuestro camino. Ella misma, MARÍA, a través de esa “*Esperanza*” es la que nos enseña uno a uno cada sentimiento y nos muestra el camino de la verdadera vida. MARÍA y sólo MARÍA, la que con sólo decir su nombre es capaz de hacernos sentir feliz.

En la memoria de mis mayores está el recuerdo de cuando antiguamente rodeaba las añejas paredes de la iglesia de Santa Ana y al son del retumbo de los tambores daba rodeo a la plaza bajando por el empedrado de la calle que hoy se llama plaza de su mismo nombre. Y la torre era consciente del castigo que le daban los dos sayones que lleva flagelándole la espalda, y en los portales quedaba la sangre que derramaba. Y las campanas tañían de ver como salpicaban los insultos que le hacían.

Y hoy Santa Ana ya no es lo que era, hoy se viste con sus mejores luces para ver si cuando se asome la luna aparece por su entorno aquél que cada Jueves Santo se acercaba a saludarla y la torre le ayudaba a vaciar los pecados que en la columna llevaba, siendo nuestros los pecados y se los echaron por carga.

Vaya trabajo que hizo Lastrucci al darle la vida, que hasta parece que llora bajando la calle Carretas, porque sabe que le llevan a seguir con la condena, no por el dolor que lleva, ¡es que se muere de pena!, de saber que en cuanto entre por las puertas de su iglesia quedará su cuerpo expuesto en monumento a su presencia.

Esperanza que nace desde la Cruz, de donde le viene el nombre, de donde mismo su hijo nos hizo hijos de ella, de donde ella derramó tantas lágrimas: de la CRUZ.

Y desgraciadamente también nosotros nos encontramos con cruces a lo largo de nuestros distintos caminos. Muchas veces vemos cómo claramente solicitan nuestra ayuda y por miedo o por vergüenza la negamos. Madres que lloran sin consuelo viendo cómo sus hijos son vagabundos de un mundo lleno de vicios y perdición, padres que trabajan por sacar dinero para la que es la peor amiga de sus hijos, ésa que los domina y los hace responsables de actos incontrolados y que algún día les dará la mano y se los llevará para siempre.

Gente que vive sumisa en el alcohol que ni atiende a familia ni a trabajo, gente enferma que depende de otras manos para todo...

Cruces que tenemos en todas las casas, lágrimas que reflejan la desesperación de una madre que pide la libertad de su hijo preso; niños que viendo pasar los días mantienen la esperanza de ver asomar a una familia y lo saque del orfanato, lágrimas de gente que ni siquiera sabe el paradero de sus familiares y amigos, cruz de quien ansía por poder llevar un trozo de pan a su boca y que es capaz de lo peor con tal de dar de comer a los suyos.

Ahí debajo de ese manto de terciopelo verde está Ella, aliviando cada mecida, animando paso a paso a esos costaleros cuando les rinde ya el cansancio, acariciando cada adoquín de cada una de nuestras calles, alumbrando al capataz.

Y entre los pétalos de sus claveles rosas nacen las flores de cera de donde saldrá la llama que le secará su llanto y que se mece a la par del palio.

Y cómo me gusta verla asomar entre los huecos que deja el azahar de los naranjos cuando va entrando la “madrugá” y ver como juegan los varales con las ramas más presumidas de la plaza cuando al divisar la puerta de su casa suena la marcha Saeta. Y como ocurre cada año, yo me quedo embelesada disfrutando de uno de los momentos más emotivos de la Semana Santa. Y hace que me ponga a recordar entre el barullo de gente aquellos años cuando, a pesar de mi corta edad, tiraba con fuerza de la mano de mi padre para ver antes que se recogiera, el encuentro de un cautivo condenado con el corazón resquebrajado de una madre. Y entre el tumulto de gente se mecían los dos pasos y se miraban de frente y al Señor se lo llevaban para cumplir su condena, y Ella quedaba penando y le consolaba el llanto la estrella que está bordada en la gloria de su palio.

Las lágrimas que caían sirvieron de lluvia del cielo y las flores de la plaza llenas de gloria se vieron y brotaron los rosales que hoy adornan su paseo y las que no derramaba acariciaban su cara y otras se fueron secando con el bamboleo de capas del color de la esmeralda.

Se empeñaron en llamarla esperanza en nuestro pueblo, siendo su nombre distinto, llevando por nombre Cruz como querían en el cielo. Despertaron en su ente suspiros de desconsuelo, pidiendo a lo más sagrado libertad para los reos, y evadieron de sus manos lo que mandaron los cielos, sin complicarse la vida, ni escucharon las palabras con las que Él se defendía, y con el agua empañada por el sudor de su cara se lavaron las dos manos sin preocuparse de nada.

Esperanza adormecida
Que crece por primavera,
Cuando florecen las flores,
Cuando la tierra es más tierra.

Ella es la espera insaciable
De los que buscan consuelo,
De los que no quiere nadie,
Ella pañuelo que seca
La pena que incita el aire.

Es suspiro de abandono
Del que se encuentra en la calle,
Del que le sigue el espanto,
Es grito desesperado
Del que sufre algún dolor,
Exhalación de suspiros,
Emanación de piropos,
Es efluvio incontinido
De aroma en su concepción,
Aliento del fatigado
Y río de consolación.

¡Golondrina del ocaso,
Es Virgen de verde manto,
La que llaman Vera Cruz
La tarde del Jueves Santo!

Un sin fin de sentimientos se acumulan poco antes de que empiecen a cantar los gallos y afloran cuando empiezan a dar los cuartos en el reloj de la plaza y cuando los naranjos empiezan a cobijar a la gente que espera que las hojas de la puerta de Santa María se abran para ÉL.

Cuánta gente se desvive por verle en la calle, cuánta gente viene al pueblo sólo para verle a Él. Cuánta es la fe que derrama el Nazareno, incontables los penitentes que le acompañan. Cuánta la alegría de abrir ese cajón del armario que sólo guarda túnicas, de sacarlas para probártelas y ver si hay o no que tocar a la bastilla por si queda corta de un año para otro. Cuánta la ilusión de verlas planchadas y colocadas dónde no cojan muchas arrugas, de probar cada capillo a cada cucurucho de cartón que cada año parece distinto y al final resulta ser siempre el mismo, rebajarle un poco a la vela para que entre en el casquillo del cirio... cuánta la devoción hacia Él.

Sólo con ir vestido de nazareno y que el fresco de la mañana tope con el capillo que cubre la cara y que el silencio de la madrugada se rompa solamente por esas campanadas que ese día parecen sonar diferentes en el reloj, hacen que se rememoren tantos años de tradición de acompañarle de nazareno y ayudan a que los ojos se aneguen de lágrimas de emoción. Cada año se repiten los mismos sentimientos, los mismos nervios por colocarte con prisas la túnica y anudarte el

cordón a la cintura, colocarte el cucurucho procurando que la abertura de los ojos caiga a su altura, y por fin salir en busca de Él.

Hay que ver el ambiente que se vive momentos antes de que suenen los tres golpes en la puerta, al entrar por la sacristía y ver cómo los costaleros se preparan los costales, se aprietan la faja, se atan bien fuerte las zapatillas... Todo ello unido a lo que perciben los ojos cuando al entrar ya en la iglesia vemos ya los cuatro faroles encendidos y las insignias preparadas detrás de la puerta esperando que den las cinco. Es entonces cuando los vellos se te ponen de punta, con nada más pensar que ya estás allí, delante suya, mirándolo y requetemirándolo, pidiéndole y dándole las gracias por poder contar otra estación de penitencia más.

Son ya muchos los momentos vividos durante muchas madrugadas y muchas las emociones vividas con la túnica puesta. Aunque cada año sea distinto, siempre en nuestras mentes se acumulan los recuerdos y experiencias de cada una de las estaciones de penitencia a la vera de la lumbre de una vela.

Como cada año, a eso de la media “madrugá”, está el relente que topa con el capillo que cubre la cara de ese nazareno que lo primero que hace nada más salir a la calle es santiguarse para que todo se dé lo mejor posible, como ocurre siempre y el airecillo fresco de la noche parece querer colarse por la abertura de los ojos del capillo y hace que nuestros ojos a se vuelvan a anegar de lágrimas.

Sólo las campanas que anuncian los cuartos en el que es, junto con la torre, testigo de cada detalle de nuestra Semana Santa, son capaces de romper el silencio que en esos momentos inunda las calles de nuestro pueblo.

Y cuántos Viernes Santos son ya los que cuando al entrar por la sacristía de la Iglesia los vellos se ponen de punta al ver que entre la oscuridad del ambiente chisporrotea la cera de una candelería restallante y cómo la llama de las velas de los cuatro faroles del verdadero Nazareno se mecen al son de las oraciones de todos los allí presentes. Pero es el crujir de unas maderas y la voz temblorosa de un capataz lo que hace que los nervios que estábamos conteniendo salgan a fuera y que a la vez se nos forme un nudo en la garganta, fruto de la emoción retenida y acumulada durante todo un año.

Deseosos y temerosos a la vez de escuchar las cinco campanadas en el reloj de la plaza que dan el beneplácito para que el cerrojo de las puertas de Santa María se despliegue y a la vez ilusionados por estar de nuevo delante del paso, rezándole y dándole las gracias por poder estar otro año más allí, vestidos del mismo color que Él.

Y es al escuchar el golpe seco del llamador, el eco de la voz del capataz y el rachear de las zapatillas de los costaleros, cuando realmente nos damos cuenta de que tenemos que aprovechar cada detalle, cada sonido y cada movimiento de todos los que nos disponemos a acompañarles a ellos por las calles de Guadalcanal. Porque

son momentos irrepetibles y añorados en muchas ocasiones a lo largo del año. Y al escuchar ya los tres ansiados golpes en las puertas de la Iglesia, nos damos cuenta de que todo lo que está aconteciendo, tanto dentro de nosotros mismos como de lo que son testigos nuestros ojos, es real y que el próximo “paso” que nos disponemos a dar es salir a la calle a los sonos de la marcha de nuestra fe y vivir lo que a nosotros los guadalcanalenses nos gusta, que es nuestra Semana Santa.

Y ya está aquí el momento que tantos esperamos. Ya empiezan a salir los primeros nazarenos y las primeras luces de cera empiezan a encenderse y a iluminar la plaza. Y ya sale sigiloso por las puertas de su casa para dirigirse a que aún le coloquen un trocito de madero más y salir andando al compás de la marcha “Saeta”, cuyas notas parecen piropos que rebotan en el eco del silencio que se apodera de la plaza.

En la sombra que va dibujando en las fachadas encaladas de las calles estrechas de nuestro pueblo parece que está cansado, pero a pesar de ello le pesan más los muros de Santa María esperando que llegue el momento en el que el pueblo, las gentes, la tierra y el cielo se vistan de color “morao” para ir a visitar cada rincón donde haya el más mínimo signo de angustia y Amargura.

Y al hablar del Nazareno, del color morado, no he podido evitar acordarme de una persona que durante prácticamente toda su vida tuvo muy presente este mismo color, su hábito “morao” que desde muy joven por promesa lo llevaba siempre puesto.

No he podido evitar acordarme de aquella cuya vida siempre ha estado vinculada a la de los demás, una luchadora sin par. No era habitual verla mucho por la iglesia, salvo en algunas ocasiones, ¡pero eso sí!, su Padre Jesús siempre estaba con ella, siempre lo tenía en la boca y no faltaba un Viernes Santo de “madrugá” en la esquina de su Calleja San Sebastián para ver pasar al que, al igual que ella, también venía de “morao”, ni faltaba tampoco para ver pasar a aquélla que como siempre va el tercer día a la feria.

Ya desgraciadamente cuando yo vaya en la fila de nazarenos y mire hacia la calleja no voy a poder ver a esa señora de pelo blanco, con moño y casi escondida en un abrigo cobijándose del relente. Este año aunque la esquina esté llena de gente, para mí estará vacía, aunque sé que de algún modo sí que estará presente.

Tuvo que ser en invierno, a mediados de enero cuando su Padre Jesús quiso que se fuese con él, puede que allá en el cielo hiciera falta alguien que supiese enjaretarle una túnica, puede que allá en el cielo necesitaran a alguien que supiese coser, necesitaban una costurera ¡y tuvo que venir aquí, a Guadalcanal! Porque él quería una costurera de honor y así fue. Fue una madrugada del mes de enero (poco antes de la hora a la que él mismo suele pasar por la esquina de la Calleja San Sebastián cada Viernes Santo) cuando vino por ella. Allá necesitaban unas manos que

supiesen hacer túnicas, mantos y pañuelos y ella no se pudo negar. Se fue porque en el cielo necesitaban unas manos prodigiosas, unas manos que le bordasen las sayas a la Virgen, que le hiciesen los paños de croché para sus altares, que adornaran sus capillas de aspidistras... Y se fue, la Costurera de Guadalcanal cogió sus tijeras, sus hilos y su dedal y se fue de entre nosotros para coserle al Señor. Cuando tan sólo unos minutos más tarde me enteré de lo sucedido lo primero que pensé ¡bien lo sabe Dios! fue eso mismo que acaban de escuchar: *“se ha ido porque en el cielo necesitan una costurera para que le haga las ropas al señor”*-. Al decir esto se me vuelven a poner los vellos de punta. Por ello y por muchas cosas más que no tendría sitio para escribir en estos folios, siento que debo homenajearla dedicándole estas palabras que me salen del corazón y que hoy en este día tan especial para mí en el que doy rienda suelta a un montón de vivencias y de sentimientos, me hubiese gustado que estuviese ahí sentada entre los míos, pero aunque no lo esté, sé que de algún modo estará asomada a los palcos del cielo junto a su Padre Jesús. Y aprovecho la ocasión para darle las gracias a él mismo y a ese Cristo de Pasión al que tanta fe ella le tenía por haber tenido la suerte de haberla conocido y de haber aprendido tantas cosas como ella me enseñó.

Y Guadalcanal sigue caminando a la par suya aunque sea de “madrugá”. Se ven por cada calle las puertas de las casas abiertas de par en par, las luces de los zaguanes se encienden a su paso que cada vez es mas lento y cansado, la gente se arremolina en las esquinas para ver las “revirás” y escuchar las mejores marchas y hay quien se sube a los balcones para ver a lo más divino desde lo más alto.

Y desde lo más alto del pueblo se ve cómo sube a paso cansado la calle Granillos cuando vienen las claras del día, y se ve cómo el relentillo de la mañana le va meciendo la túnica entre dos largas hileras de nazarenos.

No se sabe nazareno el por qué de tu silencio, no se sabe nazareno tu caminar tan intenso. No se sabe nazareno si la suave brisa del alba o el sentir del costalero, no se sabe nazareno si no lo llevas por dentro. Canastilla y los faroles, los claveles y las flores, no se sabe nazareno por qué las velas que llevas se apagan al caminar, no se sabe nazareno, ¿será por tu respirar? No se sabe nazareno, si la túnica o el cirio, no se sabe nazareno si el monte de clavel rojo o un monte lleno de lirios, no se sabe nazareno, ¿costalero o capataz?, no se sabe nazareno si bambalina o varal...

No se sabe nazareno si el golpe del llamador o el redoblar del tambor, si el “quejío” de una saeta o el llanto agudo en el aire que despide una corneta, si el celeste de tu cielo o el pañuelo de luceros, no se sabe nazareno si cuando arría tu paso o cuando te alivian al cielo, ¡sí llevadlo, llevadlo hasta el cielo!

Cualquiera de esos sonidos sirve para saber que sigue ahí. Que a pesar de nuestros pecados, Él nos manda cada día una bocanada de su aliento para renovar la fe. En la fe que desde pequeña me han educado en mi casa donde me enseñaron a

vestir cada mañana de Viernes Santo el color de las violetas, y quisieron que aprendiera a darle luz a mi vela, para que cuando Él saliera tuviera luz el camino que hacen las gotas de cera, para que Simón pudiera hacerle más llevadero el peso de la madera y evitar que se agotaran sus fuerzas y que cayera diciéndole a todo el mundo la verdad de quién Él era, y cargando con nuestras culpas creyera quien lo creyera.

Y desde el cielo nos guía y escribe nuestros destinos y su fe nos regocija y desde arriba concede todo lo que se le pida.

Y me acuerdo de aquella mañana de Viernes Santo en la que parece que lo estoy viendo revolver la esquina de las calles Juan Campos con Santa Clara al ritmo de una Clámide Púrpura donde a través del raso frío del capillo le suplicaba un favor con la expresión de mis ojos. Y cuando el sol empezaba a calentar y el cansancio me daba la cara entrando ya por las puertas de mi casa, vi con los mismos ojos que hacía sólo un rato le lanzaba mis peticiones, como Él, a pesar del peso del madero atendió las súplicas mías y cumplió con su promesa.

Por más que quisiera no podría explicar lo que sentí en ese momento, que ni siquiera me había dado tiempo de quitarme el cordón de mi túnica y me repetía a mí misma que cómo había sido posible entre el escalofrío que rondaba por mi cuerpo. Y entre mi asombro, lo miraba en el cuadro que preside mi salón y le repetía incesante “gracias Jesús, mi señor”. Lo mismo que siempre le digo, cuando rodeo su capilla para sellarle en su talón el más galán de mis besos, y hasta parece que se queja de la cruz y de su peso y a Ella que la tiene al lado, le pide que le limpie el sudor con el pañuelo de su mano.

Y en el balcón de la Poza
El cielo es papel de seda
Y se despide la luna
Tras recoger las estrellas.

Y el sol esparce sus rayos
Que se cuelan por las ramas
De árboles que lo escoltan
Y se para en sus potencias
Cuando llega la mañana.

En la lejanía hay pañuelos
Calados de sufrimiento
Y un paño estampa su cara
Para calmar sus lamentos.

Y le seca su sudor
Que le cae gota a gota,
Dejando su cara grabada

Al trapo de la verónica.
Y el aire fresco le trae
Notas que en la banda suenan
Los pajarillos que vuelan
Ponen fin a la condena,
Y el quebranto del tambor
Va llamando a las tinieblas,
Mientras las cornetas tiemblan
Pidiéndole con fuerza a Dios
“No estés por siempre enojado,
Perdona a tu pueblo, Señor”.

Y cuando en los hastiales de la puerta de la iglesia se reflejan las primeras luces de cera de la candelería, un emotivo respeto camuflado por el tiritar del ambiente se pasea entre la gente. Tan sólo el rachear de unas alpargatas y el crujir de las trabajaderas, se entremezclan con el tintineo de las bambalinas y con la voz temblorosa del capataz.

Cuando la Señora que busca el alba sale a la calle, el silencio se apodera de nuestro ser y no permite nada más que salgan de nuestros adentros suspiros de emoción y de gratitud por poder estar otro año más contemplando la madrugada más esperada del año.

Y este año hemos tenido la suerte de verle asomar por segunda vez por el quicio de Santa María, y es que nunca una noche veraniega del mes de agosto había sido tan esperada como la del pasado año.

Casi con el mismo recogimiento con que se presenta cada “madrugá”, quiso saber lo que era pasear entre los guadalcanalenses una noche de verano. Esta vez no había cirios encendidos ni capirotos enfilados, era todo la ilusión de quinientos años de lealtad y devoción. No se atavió de violeta, sino de un blanco inmaculado, y no llevaba rosario, la nativa de San Sebastián portaba una orquídea en sus manos para ir perfumando a una cuadrilla de costaleros que tampoco era la habitual, sino que era una unión de corazones entre dos parihuelas distintas, y así paseó por Guadalcanal la Señora de San Sebastián, entre un revuelo de mantillas y abanicos que mecían las bocanadas del incienso más amargo, y el tintineo de unas bambalinas sujetadas por doce varales de nardos. Así quiso agradecer al pueblo la devoción centenaria.

Y será este año cuando den las cinco de la mañana cuando muchos de los corazones que van en sus trabajaderas latan aún más fuerte si cabe, porque para muchos de ellos se cumplirán sus bodas de plata llevando a hombros a la que ha querido que sean ellos los que la saquen a la calle.

Para muchos este año el sonido del llamador les traerá el recuerdo de aquella madrugada inolvidable en que entraron a formar parte de la primera cuadrilla, les vendrán a la memoria uno a uno los recuerdos de aquel Viernes Santo, se pronunciarán en sus mentes las mismas palabras que dijese el capataz. Para otros sonará como un retumbar en sus corazones despertando anhelos de los que ya no pueden estar aquí para calzarse las zapatillas con aquella misma ilusión que lo hicieran en la primavera de hace veinticinco años. Y para otros será como una explosión de sentimientos que, entremezclados con suspiros, les harán sentirse aprendices de los más veteranos por cada experiencia relatada de cada una de las madrugadas.

Costaleros cansados por los años que abren los faldones para respirar el aire fresco de la mañana, y en sus cuellos doloridos llevan costales grabados con la estampa más amarga de la que llevan auestas. Y aunque el dolor se apodere de ellos, aún les puede más el amor hacia Ella y esperan ansiosos que acabe la “chicotá” y que el capataz los llame para volver a su sitio a disfrutar de las marchas, a disfrutar de la “madrugá”, que para Ella es sin duda la más amarga de su vida, pero que para sus costaleros es la “madrugá” con la que sueñan todo el año.

Y qué mejor recibimiento que las notas de la marcha que lleva su mismo nombre: AMARGURA.

Qué daría yo por escuchar esa conversación que se repite cada Viernes Santo y que te lleva ese joven de mirada inocente, cándido y sin malicia; qué daría por ser bambalina para poder escuchar las palabras de consuelo, de alivio y de humanidad y poner la melodía a cada palabra de aliento. O tal vez sería varal para sujetar con fuerza la pena que te atormenta y que consuela San Juan. O el paño de una Verónica para poder retratar la estampa de muchos hombres que luchan por alcanzar la cima de una montaña y descubrir la verdad. Y dejar allí sus penas y así poder regresar libres de cargos y culpas para poder descansar, y mirar hacia delante sin hacer ascos al mal, enfrentándose a los miedos ni temer la realidad, hacer que los enemigos se lleguen a perdonar y que revuelen deseos de alegría y felicidad.

¿Y qué te pido yo, Amargura? Que la gloria de tu palio sea a la vez escapulario de la cama de un enfermo que ya no encuentra consuelo para calmar el dolor que desprende por sus labios, que la llama de una vela no se apague y su pabilo sea la fuente inagotable de todo lo que bien empieza para que nunca se acabe y que la dulzura de tus ojos nos empape de consuelo cuando los nuestros te aclamen y el sollozo compungido de tus labios se convierta en un suspiro y aliento de tu calvario.

Gaviota de la mañana,
Que viene buscando el alba,
Gota de rocío que trae

Brisa para consolarla.

No hay palabra de consuelo
Ni claro que abra en el cielo,
Ni boca que a Dios le pida
Que le alivie su tormento.

Cuando a las claras del día
Rinde el madero a su hijo
Simón le brinda sus manos
Viendo como lo abatía,
Y ella detrás le secaba
La sangre que le caía
Mientras le decía a San Juan
Toma por madre a la mía.

Cuando los rayos de sol del mediodía empiezan a calentarse, en los alrededores de unas viejas paredes ya casi caídas parece que huele a incienso. Son muchos los recuerdos que tiene la gente de esta singular iglesia, las novenas, los quinaros, las candelas en la víspera de la Purísima... ¡y los blancos!

Cuánto me hubiese gustado ver los cantillos a rebosar de gente a media mañana de cualquier Viernes Santo y haber podido rezar aquella oración que le rezaban al señor a las tres de la tarde justo después de recogerse la procesión y que seguro que algunos de nuestros mayores aún la recuerdan.

Hoy detrás de esos muros lo único que queda son recuerdos, un montón de hierba delante de sus altares y capillas y esperar que llegue el Sábado de Gloria para ver pasar y mirar para sus puertas a los que durante tantos años han ocupado una de sus capillas.

Y es que el Cristo de las Aguas camina distinto cuando pasa por su barrio. Tan sólo hace un par de años desde que empecé a adquirir conciencia de mi cada vez más madurez espiritual, vi como la iglesia, su iglesia de la Concepción, se quedaba esperando para verle pasar como lo hace cada año acompañado de esos nazarenos blancos con fajín de esparto que me llamaban tanto la atención cuando apenas si conocía el verdadero significado de la Semana Santa, de nuestra Semana Santa.

Y recuerdo aún no muy de lejos cuando cansada por mi corta edad y acompañada del cansancio de haber sido nazarena en la “madrugá”, cómo al llegar de recoger a “los moraos” me acostaba un rato antes de salir y estrenar casi siempre un vestido nuevo para ver desde los brazos de mi padre como “los blancos” se echaban a la calle, justo cuando los rayos del sol brillaban más y siempre envueltos en esa nube de incienso que tan poca gracia me hacía entonces. Y recuerdo como luego con una mano agarrada a mi padre y la otra sujetando una golosina me colocaba siempre en la

primera fila de cada esquina para ver lo más cerca posible los pasos. Lo recuerdo aunque ya hayan pasado algunos años y me llena de emoción siempre que oigo cualquier conversación relacionada con el mediodía del Viernes Santo.

Son recuerdos que aunque para muchos no signifiquen nada, para mí son los recuerdos de mis primeras Semanas Santas y de mis primeras experiencias en el terreno cofrade.

Aunque como he dicho antes ya han pasado algunos años de todo ello, aún se sigue reservando en mi casa de las mejores ropas para el Sábado Santo, y se sigue acudiendo a verle salir. Qué me gusta verle trasponer por los naranjos de la plaza y esperar que la que le sigue salga con esa finura y delicadeza que le caracteriza. La torre es la mejor testigo de lo que esa tarde se vive en Guadalcanal y se vive en cada corazoncito de todos los que nos apiñamos para ver tal espectáculo.

“De las Aguas”, no podía llamarse de otra forma que “de las Aguas” porque así lo quiso el pueblo. “De las Aguas” porque vino del cielo para quedarse en Guadalcanal de la misma manera que bajan los veneros y regajos por la sierra que lleva su nombre. Y así, quiso que fuera hace ya dos primaveras, cuando apenas había pasado una hora desde que los cuatro hachones que lo cortejan cruzasen las puertas de Santa María, empezaron a hacerse presente las primeras gotas de lluvia que el nubarrón que nos arrojaba dejaba escapar. Jamás se me borrará el recuerdo de ver como en lo más alto de la calle Milagros hacían el intento de cubrir su cuerpo inerte. Dada la imposibilidad empezamos a escuchar redoblar a los tambores de la manera más rápida que saben hacerlo y vimos cómo a paso rápido y a las grandes zancadas de su cuadrilla de costaleros bajaba lo que le quedaba de calle mientras los goterones se adueñaban cada vez más deprisa de los adoquines de la calle. Fueron momentos de verdadera tensión porque no se podía hacer nada más que aligerar el paso y llegar cuanto antes a dónde ya le esperaba aquella que en la primavera de 1982 fuera honrada y halagada con el piropo de Azucena de su barrio.

Y así lo quiso y así pasó. No era lluvia lo que aquella tarde caía en Guadalcanal, sino que era el Cristo de las Aguas mientras descendía de dónde la tarde antes subió para encontrarse con su padre, y después de haberle visto, no quiso estar mucho tiempo porque en estas fechas el cielo está en Guadalcanal, desde dónde se contempla a lo más divino y desde dónde se rinde honor a la grandiosidad del que apodaron “Maestro”.Y así, en forma de gotas de Agua, el Cristo crucificado se hizo presente para calmar el Dolor de una flor refugiada bajo palio grana.

Agua que fluye de lo más hondo de las heridas que le dejaron los clavos, agua para redimir la pena y sequía de muchos de los corazones. Agua limpiadora de pecado original y agua que apopa a las flores para que crezcan hermosas y derramen su perfume.

Y Ella no va ser menos, si puedo no me pierdo verla perderse entre las mismas ramitas de azahar que su hijo, si puedo no me pierdo ver revolver la esquina de López el palio de la que “se crió” en la Concepción, escoltada por sus candelabros de cola.

Cigüeña del campanario de su Iglesia Concepción, la que con su manto grana pasea elegante entre las capas de un raso carmesí que a su vez se entretienen con el aire que viene a despedir la tarde.

Candelabros de cola que alumbran la pena y el dolor de una dama que une sus manos en plegaria al ver como cuatro clavos vencen al Hijo de Dios y al que ella misma encarnó siendo joven muchacha sin pensárselo dos veces. Dijo “Sí” a su concepción y en su vientre recogió al que sería, desde entonces, Jesús nuestro Salvador. Y se miran fijamente y con los ojos se dicen cuál será su último adiós, y las espinas le hieren y la sangre es su sudor, mientras su madre suspira y siente en su corazón la agonía de quien le mira sin quejarse del dolor.

Y a Ella se le parte el alma y en su corazón yacen pétalos que cayeron del cielo para aliviarle la pena que el puñal que lleva en su pecho dejó tallada por siempre. Pétalos que Dios le manda como consuelo del cielo, y le borda en su pañuelo la mejor de las estrellas, para que la Virgen sepa que en entre todas las mujeres Ella destaca por bella y aunque su puñal le hiere Ella dice entre lamentos que la condena le puede y no entiende por qué hicieron que se fuera hacia los cielos el que fuera rey de reyes.

Y entre la lluvia de pétalos de flores que caen del cielo no falta ni un solo año aquél que es fiel devoto y compañero suyo, el que fuera de pequeño también compañero mío en los primeros años de clase, desde dónde empezó nuestra amistad. Lleva en su nombre a dos de los discípulos del que lo diera todo por todos. El nombre del que consueta bajo palio a la que sale de “madrugá”, fiel seguidor y amigo inseparable como lo es Él, que nunca falta detrás de su paso vistiendo su túnica blanca e inseparable de su Virgen de los Dolores desde que sale hasta que entra el último varal de su palio. Y de segundo, el nombre del apóstol incrédulo que puso sus dedos sobre la llaga de su maestro. Fanático y seguidor de cada zancada que da un costalero, capillita y buen cofrade, que no se pierde detalle de todo lo que acontece en torno a las hermandades.

Picoteo de una cigüeña
Que hace del nido dolor
Balanceo de bambalinas
Entre los rayos de sol.

Y por si no la conocen
Lleva por nombre el Dolor,
Ésa que junta sus manos
Cuando agoniza el señor.

En el frontal de su paso
Cáliz y espigas de amor,
De un sagrario que contiene
El cuerpo en la comunión
Del hijo de esa señora
Que cuando era novicia
Se crió en La Concepción.

De nuevo poco a poco y como cada Viernes Santo, a eso del mediodía empiezan a aparecer nubarrones que nos ponen a todos inquietos y nos pasamos toda la tarde mirando al cielo y esperando ver un trocito raso. Por muy claro que amanezca, siempre al mediodía el cielo se siembra en tinieblas, que no son nada más que las tinieblas del Señor. Todo se vuelve oscuro y triste, y triste y sola se siente una señora cuando acaba de ver morir a su hijo, ¡SOLEDAD! Qué mejor nombre para una madre. Soledad de un anciano cuando se ve en un asilo, Soledad de un padre al que no quieren los hijos, Soledad de los enfermos, Soledad de un niño cuando se ve en un orfanato, Soledad de los que no tienen nada, aunque ellos no están solos, tienen el consuelo de lo más divino, al igual que nuestra Virgen de la Soledad. Ella nunca está sola, tiene la suerte de tener alrededor a un pueblo entero que la mimó y la acompaña, suerte de ser la más veterana y de estar en el recuerdo de la gente desde hace muchos años, suerte de tener una cuadrilla y dos capataces ya más que veteranos dispuestos a llevarla al cielo, suerte de llevar nazarenos que no pueden cargar ya ni con el cirio, pero que se les resiste verla desde fuera.

Suerte de bajar del cielo
La tarde del Viernes Santo,
Suerte de llevar luceros
Recostados en tu manto,
Suerte de que te mezan
Como a un niño en una cuna
Suerte de llegar al cielo
Y de besar a la luna,
¡Suerte de ser lo que eres,
Suerte de ser Soledad
Y de ser como ninguna!

Tú nunca estás sola, yacen claveles blancos sobre el monte, y yace tu hijo, un hijo muerto y a la vez vivo.

Y al agacharse la tarde
Cuando el sol está “escondió”
Hay una voz que retumba

Que el señor no se ha ido
¡El que venía en borriquillo!
¡El que era humilde y sencillo!
¡El que venía ensangrentado!
¡El del madero en el hombro!
¡El que fue crucificado!
Lo bajaron de la cruz
Para meterlo en la urna
Lo llevaban unos hombres
Para mostrarlo a la luna
¡Ese hijo no se ha muerto!
¡Ese hijo no se ha ido!
Se fue como un angelito
Volando con golondrinas
¡Ese hijo no está muerto!
Le quitaban las espinas
¡Queda tranquila señora!
Que su hijo no está muerto,
Que su hijo no se ha ido,
Subió al reino de los cielos
¡Pero su hijo está vivo!

Viene al son de los tambores, las tulipas encendidas, viene causando respeto por dónde quiera que pasa: *Camachos, Milagros, Correos...* ¡*El Palacio* ya no está!, son costumbres que se pierden y no se pueden borrar. Desde mis ojos, los ojos de una niña entonces, eran momentos únicos los de ver pasar de forma serena y respetuosa la urna del señor por la poza, siempre presenciado por la más bonita de las lunas.

Pero la pasada primavera gozaron nuestros ojos al ver cómo el Cristo Yacente volvía a pasear de nuevo por *La poza* y *El Palacio*, como lo hiciera por última vez hace ya más de una década, cuando al pasar por allí la luna siempre asomaba para darle las buenas noches. Y el Señor quería volver a ver lo que sucedía entonces y quiso que el Martes Santo los árboles y los bancos se rindieran a su paso, y en las catorce estaciones se detenía el catafalco, a la luz de cuatro hachones mientras lo mecían despacio. Y la noche regalaba aroma de incienso y frío, los árboles tiritaban y sentían escalofrío y las hojas que caían con mucho mimo le hacían la alfombra “pa” que pasara y que perdiera el deseo de volver dónde él pasaba y comprobar por sí mismo que en el cielo le observaba la misma que el Viernes Santo al pasar lo saludaba.

Y con qué delicadeza llega a la Concepción, hasta la vieja torre se agacha para recibirlo, parecen que suenan las campanas de agonía al son de las cornetas y ya a la caída de la tarde todo está cumplido.

Las estrellas de la noche se despiertan
Cuando suena el llamador
Crujen las trabajaderas
Al levantar al Señor.
Suene la marcha que suene
Pa qué mejor melodía
Que el olor de los claveles.
Un pelícano en la urna,
Un Ángel en cada esquina,
Unas potencias que brillan
Y una corona de espinas.
Viene yacente el Maestro
Escoltado por faroles,
En una nube de incienso
Y piropos de pecadores.
Viene rodeando la plaza
Saludando al azahar
Enlutado está el ambiente,
“To´s” te quieren ver pasar
Y se levanta el relente.
Un año ha de pasar
Para mirarte de nuevo,
Un año entero de espera
Para poderte rezar
Y esperar la primavera
Para poderte velar
Por las calles de tu pueblo
¡Pueblo de Guadalcanal!
Nos vestiremos de luto
La matraca sonará,
Que no doblen las campanas
Porque es vigilia pascual
Te escoltarán angelitos
Que venga el pueblo al entierro
¡Al Santo Entierro de Cristo!

Y seguimos mirando al cielo temiendo que aparezcan algunas nubes y no poder salir. Según me han contado personas de mi entorno, en el año 1985, año en el que salía por vez primera esa nazarena de la que hablaba al principio, por lo que me cuentan la tarde del Viernes Santo se presentó con tormenta. Justo cuando esa misma tarde se estrenaban en la procesión como ya digo un pequeño nazareno que apenas se veía en el suelo y un capataz, la Virgen de la Soledad tenía el privilegio de contar con un nuevo capataz. Un joven que desde bien pequeño estaba vinculado a la hermandad y que con el tiempo se hizo costalero, pero la vida y sus duros golpes hicieron que tuviera que salir de esas trabajaderas, aunque más que la vida y sus azares fue la santísima Virgen la que no quiso que fuese escondido debajo del paso cuando ella saliera a la calle, la Virgen quería ir viéndolo y quiso que fuese él quien la guiara y le hiciese “levantás” que la llevaran al cielo ¡y así fue! Aunque el año de tan singular estreno no se pudo salir a la calle, sí que hubo un pequeño homenaje dentro de la iglesia, el nuevo capataz le hizo una “levantá” y movió un poco el paso hacia delante y hacia atrás, seguro que la Virgen ese día no lloraba de pena, la Virgen lloraría de alegría al ver al joven al mando del llamador. Hoy ese capataz es ya veterano, han pasado veinte años y ha llovido mucho desde entonces, aunque no se han vuelto a presentar muchas tardes como ésa, tan sólo en 1996, que nos tuvimos que conformar con un vía crucis dentro de la iglesia y se me pone el vello de punta al recordar cuando la junta de gobierno decidió no arriesgarse y a lo que se le unía el deseo de estrenar el nuevo paso del Cristo, por lo que el riesgo aquella tarde era doble. Aquella tarde me dejó grabada en mi mente recuerdos como el de la gente que lloraba, los nazarenos amontonados delante de las dos imágenes, aquella “levantá” conjunta de los dos pasos a la voz de un solo capataz o recuerdos como el de un maniguitero que no quiso quitarse el capillo y que lloraba a lágrima viva mirando a la Virgen, la estampa de un costalero que lloraba debajo del paso y al que el no salir le resultaba más pesado que llevar a cuestas a la Soledad.

No lleva palio ni “ná”,
Su palio es de luna llena
Con bambalinas de estrellas
Y varaes de azahar.

Su pañuelo lo bordaron
Los angelitos del cielo,
Los que bordaron su manto
Y rezaban el rosario
Mientras secaban su llanto.

Las escaleras que lleva
Van sujetando el sudario
Y ya se ha quedado sola

La reina de las señoras
¡Allá en el monte calvario!

¡Ay Soledad! Cómo son las tardes de Viernes Santo...Ya han pasado veinticinco años desde que salieras a la calle con tu primera cuadrilla, por debajo de esas trabajaderas han pasado ya varias generaciones, más de uno estará ansiando oír ya las palabras de los capataces, pero seguro que habrá ya unas manos deseosas de agarrar el llamador y despertar los sentimientos añejos que se esconden en sus corazones con un ¡“al cielo con Ella”! después de haberle encendido una a una las velas de su candelería y haber ido recordando uno a uno los nombres de sus costaleros. Porque como grulla que vuela, y se pierde por el cielo la Virgen sube a su paso después de bajar del cielo.

Debes sentirte orgullosa de tener lo que tú tienes, cómo me gusta verte con la saya y el manto de salida, ni las niñas más coquetas saben vestirse mejor. Cuánta gente a tu alrededor desde hace tantos años, y qué mejor ejemplo que el de esa persona que lleva toda su vida llevando tu nombre bien alto, desde que fue nazareno hasta el día de hoy ya han pasado unos cuantos años. Ha hecho de todo lo que se puede hacer dentro de una hermandad, de pequeño fue nazareno, con el paso de los años fue a parar debajo de tus trabajaderas, con el tiempo salió de debajo del paso para guiarte por las calles del pueblo, donde este año cumplirá también sus bodas de plata al mando del llamador, desde vocal hasta hermano mayor, pregonero, muchos Jueves Santos lo he visto hacer de florista, y desde hace unos años ¡hasta tu camarero! Los primeros días no le resultaron nada fáciles, sólo con pensar en el berenjenal que estaba metido se ponía malo. Cuando la junta de gobierno le pidió el favor de vestir a la que él mismo denominó Reina de la tarde-noche del Viernes Santo en su pregón de 1982, él sin pensárselo dos veces no se negó, no sabía cómo iba a hacerlo, pero lo que estaba claro era que no podía decir que no a la Virgen, tenía a su cargo ni más ni menos que vestir a la Soledad. Los primeros días fueron para él un sin vivir, pero todo fue ponerse ¡y dicho y hecho!, ¡ya está “vestía”! Y eso que era al principio, ahora la enjareta en un periquete. Con qué delicadeza le pincha los alfileres y mientras la viste le va diciendo lo guapa que la está poniendo, le coloca el manto, la mantilla... no se le escapa un detalle y cuando ha terminado le da su toque final, antes de bajarse del altar siempre le besa la mano y se va. Y la Virgen por un momento sonrío de verse tan guapa.

Y a ti mamá te digo que sigas luchando porque cada Viernes Santo Ella luzca más bonita todavía como lo llevas haciendo desde hace ya dieciséis años, sigue trabajando con esas ganas y esa devoción y no te rindas, hazlo todo por Ésa que tiene el nombre de la que lleva mi misma sangre, porque todo lo que sé te lo debo a ti, tú que me inculcaste esta fe, y que me enseñaste las primeras oraciones. Y no te enfades si por estas fechas paro poco por casa, piensa que estoy disfrutando y haciendo lo que

a mí me gusta, piensa que cuando cada noche me siento al lado tuyo a escuchar los programas de Semana Santa de la radio me siento la muchacha más feliz del mundo por estar disfrutando de mis dos pasiones. ¡Y que Guadalcanal sepa que si hoy estoy aquí es porque mi fe me arrastra y por esas dos pasiones: mi Madre y la Semana Santa!

Una madre está llorando
Pero es de felicidad,
De ver que ya es Viernes Santo
Y la llaman Soledad.

¡Ay Soledad! Por dónde quiera que pasas vas derramando ilusión, y al hablar de ilusión se me viene a la mente la historia de un hermano cuya máxima ilusión era meterse debajo de tus trabajaderas. Desde que nació es lo que ha vivido, fue nazareno, fue delante del paso perfumando las calles con incienso y fue contraguía, cada vez veía más cerca el momento que esperaba con tanta ansiedad. Con qué ilusión me contaba las historias y las anécdotas de los primeros ensayos, cuánto entusiasmo al hablar de la cuadrilla, me acuerdo del día de la “igualá” que estaba deseando saber cuál iba ser el sitio que ocuparía el Viernes Santo, aunque ya se conformaba con poder ir debajo de su Soledad. Lo mismo le daba ir de patero, que en la trasera, que en la delantera o de costero, y aún recuerdo la cara de felicidad que tenía cuando por fin me dijo que iría en el costero izquierdo. Estaba emocionado por los momentos que le quedaban por vivir, echarse al cuello a la Soledad y ponerse al mando de no cualquier capataz, como para no estar emocionado.

Momentos antes de salir se veía en su cara la alegría y la ilusión de un niño cuando estrena zapatos nuevos. Ya cuando la Virgen se recogió se notaba en su cara lo orgulloso que estaba de haber cumplido ese sueño que le rondaba desde bien chico y qué orgullosa estaba también la Señora de ver lo bien que lo había hecho que las cinco lágrimas de su cara se secaron y hasta parece que sonrió.

Parece que estoy viviendo otra vez esos momentos y es que la Semana Santa no sólo se vive cuatro o cinco días, tenemos muchos que la estamos viviendo constantemente. Porque aquí en Guadalcanal los 365 días del año es Semana Santa y aunque a muchos le parezca una exageración, sí que es verdad. Para el que la vive en realidad todo el año es Semana Santa. Y todos tenemos dentro una Semana Santa, cada uno la vivimos de una manera distinta, ninguna tiene nada que ver con otra, el único punto en común va a desembocar en el momento en el que realizamos la estación de penitencia, ahí todos somos de todos, todos somos de Cristo y de su madre, y es entonces cuando nos damos cuenta de que efectivamente todas coinciden en ese día. Y quiero hacer mención de todas esas personas que por circunstancias de la vida no viven en Guadalcanal durante todo el año pero que no faltan a su Semana Mayor. Y se me vienen a la mente casos de personas conocidas que vienen desde

lejos momentos antes de salir la procesión porque no pueden pasar sin vestirse de nazareno, gente que cuando la saludas te dice: - *“He venido sólo para vestirme de nazareno y me voy”*-. Y parece mentira que no puedan pasar una año sin ponerse una túnica. Son muchas las cosas que podría contar, muchas historias ocurridas a lo largo de muchos años, anécdotas... o momentos como el que vivimos hace algunos años. Fue un año en el que el tiempo volvió a hacer de las suyas impidiendo la salida de dos hermandades. El Jueves Santo por desgracia “los verdes” no pudieron ni siquiera asomarse a la calle para que “el Amarrao” pudiese ver los naranjos de la plaza porque caía una niebla gorda que acabó en lluvia. La mala suerte no quiso irse de Guadalcanal y a las cinco de la madrugada, la junta de gobierno de “los moraos” decidió también no salir. Desde el Miércoles Santo no se había vuelto a ver un palio por ninguna calle del pueblo y Guadalcanal estaba falto de Semana Santa, tanto que cuando eran las ocho y media del Viernes se abrieron las puertas de la iglesia y salió la cruz de guía de “los negros”, la plaza entera se puso a aplaudir, no sé qué sentirían los que estuvieron fuera, pero les pudo asegurar que a más de uno de los que estábamos dentro de la iglesia se nos saltaron las lágrimas. ¡Y es que Guadalcanal estaba falto de Semana Santa! Guadalcanal por estas fechas quiere cera por las calles, quiere oler a flores frescas, quiere oír al capataz, oír marchas, ¡Guadalcanal quiere su Semana Santa! y ese año desgraciadamente no vivió lo que a ella le gusta vivir. Porque Guadalcanal tiene el lujo de poder presumir de una Semana Santa que no tiene doble, y nosotros los Guadalcanalenses debemos de estar más que orgullosos de lo que tenemos y de los momentos que año tras años vivimos en esta singular semana del año. Debemos de sentirnos orgullosos de tener imágenes que muchos pueblos quisieran para sí, de tener pasos y palios de singular belleza y de conservar esa tradición que por nada del mundo deberíamos dejar que se perdiera.

Es impresionante la noche del Viernes Santo en la esquina de lo que fue “*el Bar Cazalla*”, cómo me gusta ver asomar a la Virgen a los sonos de la marcha *Rocío* y ver como se va al compás de *la Saeta*, para mí es uno de los momentos más emotivos de nuestra Semana Santa, al igual que lo era cuando pasaba por *El Palacio* y *La Poza*. Pero no hay que perder de vista la elegancia con la que llega la Señora a la plaza al paso de la marcha “*Madrugá*” con la que el capataz y sus costaleros son capaces de hacer virguerías y capaces de poner el vello de punta a la gente que espera verla recoger.

Pero este año la noche del Viernes Santo en Guadalcanal no sonará como siempre. Este año no podremos verla recorrer los cantillos a los sonos de las marchas con las que a Ella le gusta pasear cada primavera, ni el aire de Guadalcanal nos dejará escuchar las campanas del reloj a la vez que la fúnebre marcha “*Madrugá*”. La Virgen ha preferido pasear con los sonos y el latir de los corazones guadalcanalenses, y que el parpadeo de nuestros ojos sea el redoble que le haga revirar a la vez que suene el

solo de cada uno de nuestros suspiros. Y que el platillo que suene, no sea más que el aplauso que le brinden nuestros labios. Y la Virgen está triste porque ya se ha acostumbrado y no quiere pasear en el silencio amargado, y hasta el aire ha percibido uno a uno los gemidos de la Virgen, porque teme que en su día cuando salga de paseo, no escuche las melodías que ella tiene por consuelo. Y Dios ha venido a verla y la ha visto entristecida, y se ha corrido la voz de que la Virgen suspira, y el azahar le ha ofrecido su olor como sinfonía, y los ángeles le han hecho la mejor de sus caricias.

Pero el Señor no consiente ver a su madre tan triste, y es por eso que ha querido que le pongan a la tarde el realce de los coros celestiales, porque no es justo que Ella, después de quedarse sola cuando Él cumpla la condena, no tenga consuelo alguno que le ayude con la pena. Y aunque Ella no sabe nada, cuando vaya hacia la puerta donde Guadalcanal la espera, y descienda la cruz y el sudario junto a las dos escaleras, a la vez que muera el sol “pa” dar paso a las estrellas, entonces escuchará los sonos de un pueblo vecino, porque en la Sierra del Agua comentaron los olivos que había en Guadalcanal una perla negra hermosa que lloraba por su hijo, y porque nadie ha querido poner aliento al sonido del luto de una grulla que derrama lágrimas en los suspiros. Y desde aquí si me escuchas ve secando ya tus lágrimas y óyeme bien lo que digo, que cuando caiga la tarde por la que yo me desvivo, no habrá en el aire lamentos ni suspiros compungidos, porque no vas a estar sola, aunque no te hayan querido, que otro pueblo a ti se ha unido, ¡y sin duda éste será el mejor de los paseos de “to´s” los que tú has vivido!

La luna se está asomando
La noche del Viernes Santo,
Los luceros han bajado
Para alojarse en su manto.
¡Costaleros, muy despacio,
Vámomos “ to´s por iguá”!
Que lleváis sobre el costal
A quién llaman Soledad.
Dice la luna que ha visto
Una estrella por el cielo,
¡Zapatillas, costaleros!
Dice que ha visto un rosal
Y es que ha visto a nuestra madre
¡Madre de la Soledad!

Suena la marcha Rocío,
La saeta, “Franciscana Soleá”,
Amargura, “Soleá dame la mano”

Llorando están los clarines
Y Nazareno Gitano.

Besos que tira la gente
Cuando a ti te ven pasar,
El luto que te acompaña,
Báculos de la Hermandad,
Y la nana que te cantan
Cuando suena “madrugá”.

Se está quedando dormida
Con el olor a azahar,
Las velas vienen llorando
Porque no quieren entrar,
Hay que esperar otro año
¡Para verte, Soledad!

Y ya sólo falta un día para la Pascua. Un día para la Resurrección, un día para que toda la angustia y la pena vivida se conviertan en un ¡ALELUYA! Aleluya, tan sólo con escuchar esta palabra sabemos que aún queda por venir lo bueno, resucitará y subirá a los cielos como nos dice el credo, desde allí nos protegerá y nos vigilará y nos hará fieles en su misma **Fe**, en la misma Fe, en la misma **Devoción** y en el mismo **Arte** del que hablábamos al principio para que seamos cada vez más cofrades y sepamos desempeñar bien el papel de hermanos y logremos vivir cada vez mejor nuestra Semana Mayor.

¡ALELUYA porque resucitará!

¡ALELUYA porque bajará del paso para subir al cielo!

¡ALELUYA!

Que sonrían ya los niños que lloraban,
que florezcan ya las flores que destrozó el viento,
que caminen los que no pueden andar,
que vean claro los que apenas podían ver,
que hablen los que no podían hablar,
que crean los que no querían creer,
que tiendan ya su mano los más egoístas,
que amen los que no saben amar,
que coman los que no tienen qué comer,
que beban los sedientos,
que tengan techo los desamparados,
que salga la noche para que entre el día,
que cada continente sea un misterio de un **Rosario** de perlas de **Amor**,

que de cada rincón de nuestros humildes corazones salga una paloma de la **Paz**,
que dónde haya una gota de tu preciosa sangre brote un hilo de **Esperanza**,
que la **Amargura** y el sufrimiento se vayan con el relente de cada madrugada,
que los **Dolores** de los enfermos, se curen con las **Aguas** de tu reino,
que la **Soledad** y la tristeza se conviertan en gloria y alabanza.

¡ALELUYA porque ha resucitado!
¡ALELUYA porque nos ha salvado!
¡ALELUYA, ALELUYA!

Y no quisiera terminar sin antes hacer mención a Ésa que a pesar de estar lejos de aquí no deja de estar presente en muchos de nuestros corazones, que esperan con ansia el ocaso de los meses para poder ir a verte.

Casi seguro que su niño estará preparando ya el viaje que dentro de unas semanas emprenderá con su madre, pero esta mañana, le habrá encargado a los viejos eucaliptos que tiene por vecinos que le hagan llegar a través del aire que levanta el balanceo de sus hojas las palabras que salen de mis labios ya secos y así desde allí compartir con la del bastón y el sombrero lo que vive hoy nuestro pueblo. Y tras la conquista de este atril no puedo marcharme sin antes haberle dado las gracias por este privilegio que me han otorgado, que sin duda alguna ha sido para mí como un cuento de hadas de los que siempre tienen final feliz.

Y así es como fue su vida, como un cuento de hadas, según le cuenta la luna al primer brote de romero. Dicen que:

Era doncella en el cielo
y el agua quiso probar,
le puso al niño una cuna,
y a la vera el manantial.

A un pastorcillo valiente
dicen que se apareció
y que el agua del arroyo
el manto suyo tocó,
desvelando aquel secreto
la señora confesó:
¡Si mi manto el agua toca
yo quiero hacer aquí mi altar,
yo me llamo Guaditoca
y mi pueblo Guadalcanal!

Y ya sólo me quedan unas palabras para que termine este rato de gloria que he preparado con toda la ilusión y con el todo el cariño, pero el pregón no acaba aquí, mi pregón acabará cuando oigamos el último *“ahí quedó”*, cuando cada uno de nosotros agreguemos hojas escritas no con tinta, sino con buenos hechos, porque les recuerdo que aquí en nuestro pueblo es Semana Santa todo el año y que de aquí hasta dentro de 365 días podemos ser todos pregoneros de Cristo para así poder aunar aún más si cabe nuestra **SEMANA SANTA**. ¡Y lo escribo en mayúsculas porque no son unas palabras cualesquiera!, porque si digo Semana Santa estoy diciendo Guadalcanal, y si digo Guadalcanal estoy diciendo Gloria. Seamos todos esa Gloria por los siglos de los siglos.

Y con la misma emoción y entusiasmo que comencé, he de parar aquí el paso después de esta larga *“chicotá”*.

¡¡AHÍ QUEDÓ!! HE DICHO.



Momento de la entrega de un cuadro a la Pregonera



Entrega de una placa por el párroco Padre Eduardo